



## Cintio Vitier: lo “intenso extensionable” de un hombre justo.

Por Dra. Ivette Fuentes

El mundo ha perdido a Cintio Vitier, y la conmoción dejada por la partida de su alma, ha golpeado con fuerza un eje que tardará en volverse a centrar. Cuba tenía en él uno de esos pilares que sostenían su eje, histórico, cultural. Nadie sustituye el espacio que deja una persona, pero será aún muy difícil que ese espacio vacío, hueco, huérfano, que nos deja Cintio, se pueda llenar, porque su vida colmaba una extensión ilimitada, un “intenso extensionable” tan abarcador como lo es el sentido más íntimo de su Patria, en ese, su modo de ser –como intelectual, poeta, ensayista, crítico, maestro- un Humanista.

Cintio nos dejó con la sorpresa aún en su mirada y la certeza de que aún quería mirar más, porque él horadaba la realidad para penetrar el manto de sus apariencias hasta el espacio de lo esencial. De la poesía hizo un modo de ser como virtud, espíritu que trascendió la hechura de cualquier palabra para significar un puente entre su mirada y la nuestra, la de sus contemporáneos y la de aquellos otros que también versaban un coloquio desde su oscuridad de siglos, conversación de vivos y difuntos, almas amigas que somos todos en el mundo.



Ivette entre Cintio y Fina

Pocos días antes de su partida, Cintio quiso visitar la institución a la que por tantos años dedicara sus energías. Ese último 25 de septiembre, en que cumplió sus 88 años de edad, se paseó por los predios del Centro de Estudios Martianos, contento de rememorar sus estancias, sus diálogos, sus charlas y conferencias, su compartir diario entre colegas. Allí le esperé, para regalarle por ese, tan grandioso día. No olvidaré el regocijo de Fina, su más grande amiga, cuando le di la pequeña edición de “Versos de luz” de San Juan de la Cruz. Ella la puso en su bolsillo, al lado de su corazón, y me dijo que así andaría con el santo y poeta por compañía. Cuál mejor. Ya él demoraba las respuestas, pero aún entendía; ya el cuerpo iba separándose, poco a poco, de su espíritu, para disolver, lenta, sutilmente, amigablemente como un pacto, la unidad cuajada y requerida para la vida. Más allá del agradecimiento, sentimiento tan humano, más allá de sus ojos, ese día me miró, libre y desnudo, su espíritu, y así me despedí de él.

El destino me dio, entre tantas alegrías, la de ser mediadora de alguna reconciliación, sorpresivamente, tocar el punto álgido que esperaba por la palabra precisa, pequeñas intervenciones de la mediación que sostienen la armonía del día a día. Dicha de la Providencia y su aliado, el feliz azar. Para mí fue mucho más: para apartar el daño desleal, el mal entendimiento, las pasiones de más bajos ribetes, allí estaba Cintio regalándome su autoridad como cobija, su presencia y su palabra como escudo. Allí estuvo siempre ofreciéndome, sin nada a cambio, toda su caballerosidad.

Entre sus tantas gentilezas, nos ofreció inéditos para publicar, y así pudimos conformar un folleto, La espiritualidad de José Martí, como regalo por su 80 cumpleaños. Y con especial fruición nos pidió publicar, por lo significativo que era darlo a conocer, un pequeño ensayo: “Varela y Martí”, que prologó la compilación de artículos José Martí: en el sol de su mundo moral, fruto de uno de los eventos organizados por el Centro de Estudios. Su nombre continuaba enlazado así, como siempre fue en su vida, al del grande de la Patria, en el misterio de las simpatías.

Su enorme estatura humana empujaba la prodigalidad de su intelecto, esa floración de su saber, saber poético y filosófico, que le desbordaba cada idea, cada sencilla palabra, conversación simple de amigos que en su anchura tan amplificadas, se volvía magisterio.

Hicieron bien en envolverlo, como sudario, con la bandera cubana. Ella tenía el deber de abrazarlo con su manto, a ese hijo nacido en otra ribera que fue cubano en tuétano y médula, cubanidad entendida como esa “circunstancia misteriosa” que iba, en una parábola inmensa de vida, desde el sabor del “dulce de guayaba” hasta la “Batalla de las Guásimas”, cubanidad arraigada y defendida más allá de cualquier coyuntura, de cualquier polémica de ocasión, de cualquier malhadada incompreensión.

Quienes le conocimos de cerca, supimos la fuerza de su honestidad y la limpieza de vivir en sintonía con sus creencias. Su prestigio siempre fue una tentación para los manipuladores de siempre, las punzantes abejas que –



Ivette y Cintio en XV Aniversario Vivarium



Ivette y familia Vitier García Marruz

como a San Juan de la Cruz- estorbaban su camino y su ascensión. Pero Cintio, ante cada picada y herida traicionera, sonreía. No importaba la confusión. Dios no se iba, allí estaba y le comprendía.

Como alguna vez dijera sobre los místicos, fue el visitante de la civita Dei que, a pesar de haber vislumbrado la eternidad, como un “dichoso efímero”, continuó siendo un mortal, hablándole al mundo con la voz de los poetas.

En el sitio de los grandes está, sentado con los justos. Sin sentir más su “extrañeza de estar”, el sonido inefable del violín sobre el vacío le ha rescatado y lo ha vuelto un arpegio más. Invisible, como su música, ya se escucha en el aire. En el gran convite de la Gloria aguarda, a quien sepa develar, como él, los secretos de la luz.

Y él, pródigo, bienhechor, inagotable en su cortesía, nos desbrozará el camino de malezas, como hizo en vida. E intercederá por nosotros todos –los amorosos y los tan incapaces de amor- ante el Justo Dios, con el convencimiento y la honradez de su poesía.

*Servicio de noticias-*

*Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**